

5. domingo de Cuaresma C/2016 (por RCIA)

Las lecturas de este quinto domingo de cuaresma hablan de la realidad de la muerte y de la promesa de la vida eterna. Nos invitan a confiarnos en Dios quien es capaz de dar vida a nuestros cuerpos mortales al final de nuestra peregrinación en la tierra.

La primera lectura describe la visión del profeta Ezequiel sobre el futuro de Israel. Muestra en un lenguaje simbólico que Dios liberará a los israelitas de su exilio y les traerá a Israel, su tierra. Muestra igualmente que para dejarles vivir, Dios enviará su Espíritu sobre ellos y les permitirá establecerse en su tierra.

Lo que este texto nos enseña es que Dios da vida. Una otra idea es la certeza de que nada es imposible para Dios porque puede cambiar todo por el bien de su pueblo. La última idea es que Dios es fiel y cumple las promesas hechas a su pueblo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús resucita a Lázaro. Al comenzar, el Evangelio dice que Lázaro era el hermano de Marta y María, dos amigas de Jesús. Dice igualmente que cuando Lázaro estaba enfermo, sus hermanas enviaron un mensaje a Jesús a fin de darle a conocer lo sucedido.

Después, el Evangelio dice que pese a que Jesús estaba informado, se quedó en el lugar en donde se hallaba por dos días y hasta declaró que la enfermedad de Lázaro serviría para la gloria de Dios. Entonces, el Evangelio hace un informe sobre la muerte de Lázaro y el viaje de Jesús y sus discípulos a Judea.

Después de esto, el Evangelio describe la llegada de Jesús a Betania, la reacción de Martha y María y la de los pueblos. Pues, describe la resurrección de Lázaro y lo que Jesús hacía para devolverle la vida.

El evangelio termina con la reacción de los judíos que creyeron en Jesús cuando vieron lo que había hecho al resucitar a Lázaro de entre los muertos.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la esperanza en la vida eterna. De hecho, es lo que cada uno de nosotros quiere vivir. Amamos la vida y todos queremos vivirla tan abundantemente como podamos. Pero, nos damos cuenta también que por hermosa que sea, la vida es frágil y precaria. Enfrentamos problemas, incluso el sufrimiento, la enfermedad y, finalmente, la muerte.

No hay duda de que la medicina ha hecho muchos progresos y las condiciones humanas también han mejorado grandemente. Sin embargo, no podemos evitar la realidad de la muerte, porque tarde que temprano moriremos.

En esta perspectiva, como El Evangelio nos muestra, la vida humana es un misterio completo cuya clave de comprensión no está en nuestras manos. Ciertamente sabemos nuestro pasado, porque ya quedó detrás de nosotros; entendemos nuestro presente, porque está todavía en nuestras manos, pero no sabemos el futuro, porque mañana es desconocido para nosotros.

Como Lázaro quien disfrutaba el amor de sus hermanas y ellas que también eran felices de tenerlo, pero no podían prevenir que muriera, así nosotros afrontaremos un día la realidad de la muerte.

La consecuencia que viene de tal visión es que somos forasteros en la tierra. Independientemente de lo que es nuestra vida hoy, ricos o pobres, dejaremos un día todo esto. En este sentido, Jesús no ha venido a fin de prevenir la muerte natural en nosotros, sino a fin de prepararnos a recibir la vida eterna. No ha venido para hacer esta vida terrenal

eterna, sino para darnos una esperanza de otro mundo y darnos la certeza de una vida que nunca se terminará.

Por lo tanto, al igual que sus discípulos, experimentaremos la muerte física como cualquier otra persona. Sin embargo, debido a nuestra fe en Dios, nuestra muerte será convertida en resurrección. Esto es lo que el Evangelio de hoy nos dice, es decir: Jesús tiene el poder de transformar nuestros cuerpos mortales en gloriosos. Además, estamos en peregrinaje aquí en la tierra, porque nuestra casa verdadera está en el cielo. Por eso, mientras estamos en la tierra, viajamos no a la puesta del sol, sino a la salida del sol de nuestra vida. Cuando todo lo que hemos construido en la tierra se detenga, sabremos por la convicción de nuestra fe que nuestra vida verdadera dará inicio.

¿Significa esto que la vida presente no tiene sentido ya que un día moriremos? De ningún modo; al contrario, esto hace nuestra tarea en el mundo más urgente e importante, porque nuestra vida futura depende de cómo conducimos nuestra vida ahora, si es con Jesús o sin él, en la fidelidad a él o en rebeldía a él. Lo que está en juego, por lo tanto, es la realidad de que lo que construimos en la tierra no tiene carácter definitivo en sí mismo. Más bien está en la preparación que tengamos y en la anticipación del mundo y la vida para venir.

En esta perspectiva, el objetivo de Jesús no es que vivamos eternamente en la tierra, sino que por la manera en que vivimos en la tierra, lleguemos a vivir un día con él eternamente en el cielo. Entonces, entendamos por qué dice: “soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aun si él muere, vivirá, y el que vive y cree en mí nunca morirá”.

Con esto en mente, se hace claro que la muerte y la resurrección de Lázaro tienen el carácter de ejemplo. Lo que le pasó a Lázaro, es exactamente lo que nos pasará a nosotros los que creemos en Jesús. Moriremos ciertamente en nuestros cuerpos, pero a fin de resucitar a la nueva vida. Jesús no nos abandonará en nuestras tumbas. Nos levantará de modo que compartamos su resurrección.

En este sentido, tenemos que aprovechar el presente a fin de prepararnos para la vida eterna. Debemos renunciar al pecado y usar la gracia que recibimos en los sacramentos, sobre todo en la confesión, a fin de reforzar nuestra fe en él. Esta es la petición de este tiempo de cuaresma mientras nos acercamos a las celebraciones de Pascua. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 37, 12-14; Romanos 8, 8-11; Juan, 11, 1-45



Fecha de la Homilía: el 13 de Marso 2016
© 2016 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20150313homilia.pdf